

Leído en el IECH

4 Martín Prieto

Lelio Zeno

Apuntes biográficos

Texto leído en el IECH, en el marco del **V Congreso Internacional Cuestiones Críticas**, coorganizado por el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria y el Centro de Estudios de Literatura. El día 18 de octubre del 2018 a las 11.30hs.

Lelio Zeno

Apuntes biográficos

En sus *Memorias*, el gran estratega y difusor de las ideas de la literatura social de izquierda en la literatura argentina de los años 20 del siglo XX, Elías Castelnuovo, anota, como si al fin su autobiografía fuera, también, un cuento boedista, que el taller de imprenta donde trabajaba en su juventud era un “sótano largo y sombrío como una catacumba” ubicado cerca del Mercado de Abasto, en Buenos Aires, donde le habían asignado “el rubro más delicado de la tipografía”: la composición de las tesis doctorales que debían presentar obligatoriamente los estudiantes de Medicina para optar a su título.¹

A veces, cuenta Castelnuovo, me visitaba Antonio Zamora, quien editaba allí una colección de obras famosas que se vendían en los kioscos a diez centavos el ejemplar, o el doctor Lelio Zeno, cuya amistad, entonces incipiente, conservaría ininterrumpidamente en el futuro para siempre. El primero llegaría posteriormente a ser mi editor y se instituiría, al crecer su empresa, en la base editorial de grupo Boedo, en tanto que el segundo terminaría por integrar conmigo una hermandad que duró toda la vida.

Muy joven todavía, el doctor Lelio Zeno, noche a noche, acudía a verme en el taller, aprovechando la circunstancia que a esas horas solamente yo estaba en la casa. Nunca permanecía quieto en un lugar. Caminaba por el recinto y hablaba entretanto, mientras yo escuchaba, inmóvil en el asiento, sin desatender el teclado de la máquina, el interés que suscitaba en mí su conversación.

Se dolía sinceramente de mi situación de alienado y quería con idéntica sinceridad romper con mi alienación.

—Comprendé —me decía—. Si te quedás por tiempo indeterminado adentro de esta bóveda, no te vas a quemar. Te vas a pudrir. ¿Por qué no te venís conmigo a Rosario?

—¿Y qué hay en Rosario? —indagaba yo, con desaliento—. ¿Otro sótano?

—No. Podés ayudarme a operar en el Hospital Centenario. En menos de un año te hago cirujano.

—¿Cirujano?

¹Elías Castelnuovo. *Memorias*. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires, 1974, p. 76.

—Sí. Total, cortar es un oficio como cualquier otro.²

En la galería de fotos que incluye la edición de *Memorias* se lo ve al autor de *Tinieblas* con el doctor Zeno, ambos vistiendo atuendo de cirujanos. Y este pie: “En 1935, durante una intervención estética, ayudando al doctor Lelio Zeno en el Sanatorio Británico de Rosario”.³ Es decir, Castelnuovo viajó y Zeno lo hizo cirujano. Le enseñó el oficio de cortar.

Pero: ¿quién es Lelio Zeno? Según el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* preparado por Horacio Tarcus, es un médico cirujano de orientación anarco-bolchevique, uno de los tantos jóvenes anarquistas que siguieron con entusiasmo los avatares de la revolución del 17, que luego de un viaje a Europa, en 1918, publicó bajo el seudónimo LOZ un libro que reunía una serie de corresponsalías sobre la guerra y la revolución: *La democracia de febrero de 1918*. Que ese mismo año financió una edición rosarina de la *Constitución Soviética*. Que se hizo amigo de Castelnuovo. Que los dos colaboraron en la revistas *Prometeo* y *Cuasimodo*, ambas de tendencia libertaria. Que en 1931 viajó a Moscú con Castelnuovo y el biólogo y filósofo anarquista alemán Georg Nicolai. Que en Moscú trabajó en el Instituto Sklifosovsky, donde contribuyó a renovar la traumatología soviética y donde hoy mismo una sala de cirugía lleva su nombre. Que a la vuelta publicó *La medicina en Rusia*. Y que ya en la Argentina fue un pionero de la cirugía plástica, no tanto en los términos estéticos con que se la conoce ahora, sino en términos reparadores. Como una respuesta desde la medicina social hacia los estragos de la guerra. En Rosario, fundó el Sanatorio Británico y fue colaborador de la Mutualidad de Estudiantes y Artistas Plásticos, creada en 1934 y cuyo director fue Antonio Berni. La biografía izquierdista de Zeno —la que al *Diccionario de la izquierda argentina* le interesa contar— termina en esos años. Como si su figura se fuera disolviendo en la nada. O transformándose en otra. Que ya no importa.⁴

Cuando Zeno murió, en 1968, el diario *La Capital* de Rosario publicó una extensa noticia necrológica, subrayando las cualidades profesionales del cirujano, el circuito internacional de su formación —Londres, París, Alemania, los Estados Unidos y, solo en ese contexto, la Unión Soviética— declinando toda información sobre su actividad política y el sustrato ideológico que la animaba. Por lo menos el que sostuvo públicamente hasta los años 1940. La palabra “revolucionarias” se cuela sin embargo en la necrológica. Pero sólo para calificar sus técnicas en el tratamiento de las quemaduras. De alguna manera, el borramiento de la necrológica de *La Capital* suple, en sus faltas, a las del *Diccionario*, y entre ambas

² Castelnuovo, Elías, op. cit., pp. 78-79.

³ Castelnuovo, Elías, op. cit., p. 64.

⁴ Tarcus, Horacio (director). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*. Emecé. Buenos Aires, 2007

noticias conforman una imagen que deja, sin embargo, en su centro, como un corazón, un vacío.

Lelio Olcese Zeno nació en Turín (Italia) el 16 de marzo de 1890 y murió en Rosario el 21 de octubre de 1968.

En 1891 la familia emigró a la Argentina y se estableció en San Fernando, provincia de Buenos Aires.

En 1915 se recibió de médico, con medalla de oro, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

En 1916 publicó su tesis: “Tiroditis Leñosa”. En estos años, y a propósito de esta tesis, comenzó su amistad con Elías Castelnuovo.

Ese mismo año viajó a los Estados Unidos. Cursó un año como interno en la Clínica Mayo, de Rochester. Desarrolló la técnica para la herniorrafia umbilical, conocida hoy como técnica de Mayo-Zeno, que ya no se usa.

Entre 1917 y 1918 viajó a Europa. Trabajó en dos hospitales de Londres y en el hospital Necker de París.

En 1918, de vuelta en Buenos Aires, como vimos, publicó *La democracia de febrero de 1918*, un conjunto de corresponsalías sobre la guerra y la revolución rusa. También financió la edición de un folleto con el texto de la reciente Constitución Soviética y otro de José Ingenieros: *Significación histórica del movimiento maximalista*.

En 1919 Zeno y Elías Castelnuovo se instalaron en una isla del Delta del Paraná donde fueron a “ejercer libremente la medicina”.⁵ Zarparon del Canal de San Fernando en un bote a vela y después de varias jornadas de pilotaje se detuvieron en la desembocadura del Paraná Mini, donde le alquilaron dos piezas de un rancho a un español. Pronto, ambos se convirtieron en los médicos de “veinte leguas a la redonda”.⁶ De cuando en cuando, el secretario de la FORA, Abilio González, les remitía en un carguero algún huelguista herido de bala o de cuchillo. El hermano mayor de Lelio, el también médico Artemio Zeno, de visita, y tal vez un

⁵ Castelnuovo, Elías, op. cit., p. 87.

⁶ Castelnuovo, Elías, ibíd.

poco alarmado por el curso que tomaba la vida de su hermano menor, les compró unas cuantas hectáreas de tierra más arriba del Chaná y les mandó en un barco, desde Rosario, materiales para construir una casa, que edificaron ellos mismos. En un contexto políticamente muy convulsionado, los jóvenes libertarios convocaron a dos asambleas de isleños en el Tuyuparé para considerar la posibilidad de ocupación de tierras fiscales. Un “importante rotativo de Buenos Aires”, cuenta Castelnuovo, incitó, en una editorial, al gobierno nacional a que enviara tropas a las islas antes de que se repitiera el episodio de La Forestal. Como anota Castelnuovo: “No eran las tierras fiscales las que se defendían tan rigurosamente ante una posible ocupación. Eran los principios inviolables de la propiedad privada”.⁷ Durante la tercera conferencia del Tuyuparé, lo meten preso a Zeno en una celda del destacamento de la Prefectura. Inmediatamente, se produjeron nuevas revueltas de los isleños soliviantados, que terminaron con una huelga en el aserradero, reprimida violentamente por la Prefectura. El episodio inspiró el primer cuento de Castelnuovo, “Aguas abajo”. En la isla, los doctores recibían visitas de artistas y escritores: Felipe Romito, César Caggiano, Antonio Berni, Rodolfo González Pacheco y Julio R. Barcos.

También en 1919 comenzó a publicarse el quincenario *Prometeo*. Reviso el sumario, en busca de artículos de Zeno: en el número 1, “Conceptos comunistas”; en el 2, “Medicina social y socialización de la medicina”; en el 3, “Aspectos revolucionarios de la medicina”; en el 5, “La hora actual” y, además, “Literatura proletaria”, de Elías Castelnuovo, “Impaciencia anarquista”, de Olcese Carón (que es otro seudónimo de Zeno) y “Biografía futurista”, anónimo pero probablemente escrito por Castelnuovo.

En 1921 Castelnuovo y Zeno colaboraron en la revista *Cuasimodo*. Segunda época. Fundada y dirigida por Julio R. Barcos, un anarquista nacido en Coronda, cuyo entusiasmo por la Revolución Rusa lo llevó a tomar distancia del anarquismo doctrinario. En *Cuasimodo* publicó Borges sus poemas juveniles dedicados a la Revolución. Ese mismo año, Zeno se instaló en Rosario, traído por su hermano Artemio, con quien tres años más tarde, sobre la traza del Hospital Británico, y junto también a Oscar Cames, fundaron el Sanatorio Británico, todavía en pie en Paraguay 40.

En 1927 publicó “Un fenómeno nuevo en la historia de la medicina” en *Claridad: revista de arte, crítica y letras, tribuna del pensamiento izquierdista*. Y también “Correspondencia sobre la cirugía y la ortopedia en los EEUU”.

⁷ Castelnuovo, Elías, op. cit., p. 94.

En 1930, con su experiencia profesional en Europa y en los Estados Unidos empezó a preparar un viaje a la Unión Soviética, alentado por las “pruebas elocuentes de las posibilidades de triunfo del socialismo”, según le cuenta en una carta un tiempo después a Olga Tareeva, una militante comunista, casada con el español Andrés Nin quien en 1935, en Madrid, fundó el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).⁸ En la misma carta firmada mientras Zeno armaba su segundo viaje a la Unión Soviética, tres años después, anotó:

Yo no puedo ocultar toda mi simpatía por tal empeño. Por eso he ido, he colaborado, e iría de nuevo gustosísimo para añadir mi modesto tributo al esfuerzo colectivo por alcanzar un mejor orden social. No puedo ocultarle que mi convicción es absolutamente optimista respecto a la suerte futura del régimen soviético. En esto me apoyo no solo en los esfuerzos que ha realizado ya y los que se están realizando apasionadamente en su país, sino en la contemplación del espectáculo del resto del mundo que se debate impotente para resolver los problemas económicos que las contradicciones del régimen capitalista plantea.⁹

El entusiasmo de Zeno le impide percibir los cuestionamientos que la misma Tareeva, en carta anterior, firmada en Barcelona, formula hacia el curso stalinista que tomó la revolución:

La política de Rusia se desvía cada vez más, hasta tal punto que nuestras discrepancias se vuelven irreconciliables. Tanto es así que renunciamos decididamente a nuestra política de reforma del partido y de la Internacional Comunista para adoptar el camino de la creación de nuevos partidos y de una nueva Internacional (...) Todo esto da asco e indica el grado de degeneración a que ha llegado la política stalinista.¹⁰

Zeno y Castelnuovo parecen indiferentes a las noticias o están, tal vez, más atentos al mito de la revolución del 17 que a su estado específico en los años 30.

Castelnuovo, quien se anota como asistente de Zeno (y, por supuesto, como su invitado) le escribe en febrero de 1930:

El viaje resultaría más interesante por Oriente. Pero más salado, tal vez. (...) Hace varias noches que cuando me acuesto (...) preparo las valijas que no tengo y comienzo a recorrer lugares que no conozco y sitios que nunca vi.

⁸ Archivo personal de Lelio Zeno.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*

Tomo vapores que no sé si existen y sigo recorridos que ignoro en absoluto. A veces me dirijo por Oriente. A veces por Occidente. Fijate que anoche, con la mayor solemnidad, me visité la tumba de Tolstoy y la de Dostoyevky. Estuve conversando con Gorky y felicité a Glakov...¹¹

¹¹ *Ibíd.*

En marzo del mismo año, otra carta: “El viaje a Rusia me entusiasma a cualquier hora que me lo proponga. De noche o de mañana. Sobre todo de noche cuando me acuesto y empiezo a darle vueltas al asunto”.¹²

¹² *Ibíd.*

En medio de los preparativos, la revista *Claridad*, en diciembre de 1930, publicó un anticipo de los artículos del sumario del número siguiente, número aniversario. Entre ellos: Lelio Zeno, “Bases para una escuela de enfermeros”; Roberto Arlt “El bloque de oro”; José Portogalo, “Poema de alegría en la Naturaleza”; Elías Castelnuovo, “Igual que ayer”; Álvaro Yunque, “Poemas gringos”. En el número siguiente de la publicación, de enero de 1931, se publicaron casi todos los artículos anticipados en el número anterior (el de Arlt se llama ahora “De la novela en preparación *Los lanzallamas*”). Pero no se publicó el artículo de Lelio Zeno.

Finalmente, y con una invitación del director del Instituto Sklifosovski, Serguei Yudine, viajó Zeno a la Unión Soviética, acompañado por Elías Castelnuovo, por el biólogo y filósofo anarquista alemán Giorg Nicolai, que residía entonces en la Argentina, y por su mujer, Cristina Monserrat.

Carta de Cristina, de diciembre de 1931:

Queridos todos: Sigo instalada en el *frigidaire*. Ya he chupado un fresquete de -25° y con perspectiva de aumento, el frío es intenso, terrible, no se siente sino una cosa ardiente que quema sobre todo en los muslos que parece ser un lado helado. Lelio, con el entusiasmo que tiene de estar en este país ni siquiera lo siente. Yo creo que piensa quedarse aquí para siempre, estos no son mis sentimientos, yo extraño mucho a la familia y al chico.¹³

¹³ *Ibíd.*

El huésped de Zeno, Serguei Yudine, fue un importantísimo médico, cirujano e investigador ruso, inventor, entre otras cosas, de la transfusión de sangre cadavérica, una práctica de enorme utilidad durante la guerra, y quien fundó el primer banco de sangre del mundo, en Moscú en 1930, en el mismo instituto al que viajaría Zeno al año siguiente. Sus trabajos como médico militar durante la Segunda guerra mundial le valieron distintas invitaciones a disertar en universidades europeas y estadounidenses. Su aceptación a las mismas, una sospecha sobre su

compromiso revolucionario que la KGB resolvió apresándolo en 1948, y confinándolo en Siberia hasta la muerte de Stalin, en 1953, cuando pudo volver a Moscú y retomar su trabajo. Pero murió de un infarto al año siguiente. Olga Tareeva tenía razón. Y la vibrante correspondencia en los años 30, entre Zeno y Yudine conservada entre los papeles del primero es un magnífico documento médico. Pero bien visto, es político también.

Los resultados bibliográficos de este primer viaje de Zeno a la Unión Soviética se encuentran en la crónica de Castelnuovo *Yo vi...! En Rusia. Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores*, publicada en 1932; en uno de los capítulos de sus *Memorias*, bajo el hermoso título “Viaje hacia el otro lado de las cosas”; y en el libro de Zeno *La medicina en Rusia*, publicado en 1933, prologado por Serguei Yudine y reseñado en la revista *Claridad*, por un tal W. Sambod (que puede ser, cómo no, un seudónimo de Castelnuovo).

En 1934 Zeno publicó *La crisis médica. Bases para una agremiación profesional*, reseñado por Aníbal Ponce. Y entre 1935 y 1936 volvió a viajar a la Unión Soviética, donde dirigió el Centro de Traumatología en el Hospital Basmanaia. Esta vez, y tal vez atendiendo los reclamos de Cristina que en aquella carta de 1931 se alegraba de una invitación que había recibido Lelio para ir a Madrid, a un congreso, sino, dice Cristina, “de la Moscovia a casa sin conocer nada de los países que yo pensaba ver”¹⁴, el viaje incluye un paso por Roma y por Viena. El resultado de la excursión profesional es otro libro, *Roma y Moscú. Impresiones de un cirujano argentino*, publicado en Rosario en 1937, reseñado en *Claridad* por Castelnuovo.

En 1940 publicó *Cirugía plástica y estética. Comentarios ilustrados por Lelio Zeno. Esquemas técnicos de Pedro Gianzone*. Gianzone fue uno de los integrantes de la Mutualidad dirigida por Antonio Berni. Y el libro, que es un documento excepcional en ese cruce entre medicina y arte políticos, parece una especie de despedida de Zeno, del viejo Zeno, político y revolucionario. Su bio-bibliografía a partir de los años 1940 es, sobre todo, profesional. Congresos internacionales, ponencias, sociedades médicas. Y la paulatina construcción de un personaje extravagante, “excéntrico”, dice otra noticia necrológica publicada en Rosario, que se paseaba por la ciudad siempre vistiendo atuendos llamativos. Tampoco esa era una novedad, porque ya la implacable Cristina anotaba en su carta de 1931: “Se compró en Alemania un tapado de cuero forrado con piel de carnero negro (que pesa 30 kls). Parece todo

¹⁴ *Ibíd.*

un paquidermo”.¹⁵ Pero lo que entonces tal vez fuera un nota, ahora toma un cuerpo esencial. La apariencia se impone sobre su bibliografía. Los pocos testimonios –que en realidad son testimonios de testimonios- ya no recuerdan su vida política, sino el color o el estampado de los pantalones con los que paseaba por calle Córdoba.

¹⁵ *Ibíd.*

A fines del año 2013 me interesé por Zeno. ¿Quién era ese al que habían retratado el escritor Castelnuovo, el pintor Antonio Berni y el escultor Herminio Blotta y de quien solo quedaban recuerdos como cirujano plástico de la alta sociedad rosarina (unas mujeres que pagaban fortunas para que Zeno “les hiciera” la nariz)?

En esos días visité a Chichita Arfini de Zeno, nuera de Lelio Zeno, en su casa. Un lindo piso en Oroño y Rioja. Después de la segunda entrevista, me dio todos los documentos que guardaba sobre su suegro. “Vos sabrás qué hacer”, me dijo. Pero me pidió que le devolviera las cajas que los contenían, que las había forrado ella. Esos documentos son la base de esta investigación biográfica. En junio del año siguiente la volví a entrevistar. Conversamos en el living de su casa. Este es –o espero que sea- un fidedigno registro de esa generosa conversación. Fuera del relato final, dos notas que importan. Una, sobre Castelnuovo: “Uh, Castelnuovo. Se la pasaba manguendo. Se le rompía la heladera, lo llamaba a Lelio...”. Otro, sobre el marido de Chichita, e hijo de Lelio: “Yo un día estaba en casa, con mis dos hijos, los había bañado, estaba cocinando, y ayudando al más grande a hacer la tarea y entonces se apareció el viejo y me dijo, qué mujer que sos, no sé cómo te casaste con mi hijo, un caquita que se hizo socio del Jockey Club”.

Testimonio de Chichita:

“Después de que se fue a la isla a hacer medicina socialista, su hermano Artemio lo trae a Lelio a Rosario y le propone fundar un sanatorio, que es el Sanatorio Británico, en el mismo lugar donde funcionaba el Hospital Británico, en Paraguay y Wheelwright. Eso fue en 1924. Le piden un crédito para hacer el sanatorio al banquero Miguel Monserrat, el Viejo, le decimos nosotros, un tipo extraordinario, brillante, que era el dueño del Banco Monserrat. Lelio se enamora de una de las hijas del Viejo, Cristina.

El Viejo no quería saber nada con esa relación, le pareció que Lelio era un bohemio. No recuerdo bien, en un momento ellos se escapan y entonces el Viejo entiende que la cosa venía en serio y acepta la relación. El Viejo, su mujer y sus diez hijos vivían en una casa enorme, que se la había hecho construir Wheelwright, el ingeniero que vino a hacer el ferrocarril. La casa tenía frente por Wheelwright, por Paraguay y por Jujuy: tres frentes. Por Jujuy estaba la entrada de servicio. Diez personas de servicio trabajaron en un momento en esa casa. Mirá, yo ahora no tengo ninguna. La casa original era solamente planta baja, el Viejo hace construir la planta alta, diez habitaciones y, cómo eran las costumbres de la época, sólo dos baños. Después el Viejo, ya con los chicos grandes, se hace una casa preciosa acá en Oroño, que después la compró la Dante Alighieri, y a dos de sus hijas les toca la casa de Wheelwright. La hacen refaccionar entera. Lelio elije la planta alta, porque no le gustaba todo el lujo de la planta baja. Tenía esas cosas. Era muy así, muy austero, muy deportivo, muy sano, no tomaba nunca nada, salvo, a veces, una copa de anís después de la cena. Y le gustaba mucho caminar. Cuando terminaba de trabajar en el Británico se iba a trabajar al Hospital Centenario a pie.

Acá en Rosario decían que era comunista. No sé vos qué pensás, pero para mí al comunismo no lo crean los pobres, lo provocan los ricos. Pero Lelio no era comunista, era socialista, en el sentido más puro del término. Era solidario, era generoso, estaba todo el tiempo preocupándose por los demás. En el Sanatorio Británico, un día le pregunta a una enfermera cuánto estaba cobrando. Tanto, le dice ella. ¿Y cuánto el camillero? Tanto. Ustedes no pueden cobrar eso. Mañana no entren a trabajar. Cuando lleguen a la mañana párense en la vereda de enfrente y nombren a uno de ustedes para que venga a hablar con el directorio a pedir aumento. Se los van a dar, porque sin ustedes el sanatorio tiene que cerrar. Y así fue. Lelio también logró que, antes que Perón, en el sanatorio y en su casa todos los empleados cobraran trece sueldos al año. Fue un adelantado del aguinaldo. Y cuando Perón impuso el aguinaldo, él empezó a pagar catorce sueldos. En 1943, yo tenía diez años, estábamos en Mar del Plata y él me cuenta que habían internado en el Hospital Centenario a un lechero que había tenido un accidente. Lelio vio que si lo trataba con los pocos medios que tenía en el Centenario el lechero se iba a morir. Entonces llamó a la ambulancia del Británico, lo internó en el Británico, lo operó y lo salvó. Yo, mirá la pregunta que le hice, a los diez años, le pregunté quién iba a pagar la cuenta del lechero. Él se rió y me dijo: la cuenta la va a pagar un Astengo. Cuando venga un Astengo a operarse le vamos cobrar por él y por el lechero.

En 1950 se retiró de la profesión. Siempre había dicho que ningún cirujano puede trabajar después de los 60 años, que a esa edad se pierden las condiciones. Y cumplió. Para ese entonces su mujer, Cristina,

había cobrado una buena plata de la herencia familiar. Con esa plata, que era de su mujer, Lelio se compró 34 hectáreas en Paraná Mini. Un lugar hermoso, muy discreto, muy sencillo. Y se fue a vivir ahí. Tenía álamos, que le daban muy buena plata. Nadaba –me acuerdo una vez que fuimos, en el mes de abril, hacía un frío bárbaro, y el viejo se tiraba al río a nadar. Y una vez por mes volvía a Rosario y le traía a su mujer una bolsa de naranjas y una de pomelos. Ya todos sabíamos que allá estaba con otra mujer, la Gallega, nunca supe el nombre, cuadrada, ordinaria, bruta, no sé qué le habrá visto. Un día vino un nativo de allá, un nacido en las islas, que la quería mucho a Cristina y le dijo, señora, tenga cuidado que se anda diciendo que el señor va a poner las islas a nombre de la Gallega. Todavía no estaba la ley de matrimonio ni de bienes gananciales que obliga a tener el consentimiento de ambos cónyuges para vender un bien. Pero Cristina no creyó que Lelio fuese a regalar las islas, sobre todo porque las había comprado con plata de ella. Un día estábamos con mi marido y apareció Lelio y le dijo a mi marido, “Hay algo que quiero que sepas: regalé las islas”. Se las había regalado a la Gallega nomás. Ya casi no lo vimos más. Pero, increíblemente, él cada tanto volvía a Rosario, y salían a caminar con Cristina, como si nada hubiera pasado. Cristina se murió en el 63. En el 66, me llama un día la Gallega: “al doctor le dio un infarto”. Me voy rajando a Buenos Aires. La Gallega bruta lo había internado en el Hospital Fernández, en una pieza con otros veinte internados. Ahí estuvo hasta que pudimos traerlo a Rosario en una ambulancia, al Británico. Se puso mejor, se volvió a ir, al tiempo llamó la Gallega de nuevo. Ahí ya le dije que contratara una ambulancia y lo trajera ella. Lo volvimos a internar. La Gallega se quedó a vivir ahí, con él. Yo iba a verlo todos los días, con mi hijo Marcelo. Al final lo tenían con vida de manera artificial, entró en coma el 11 de octubre y a mi pedido y bajo mi responsabilidad le sacaron todos los medicamentos y le dejaron sólo el suero. Cuando se moría, la Gallega, que hasta ese momento había sido muy discreta, se puso a gritar: ‘Lelio, Lelio, no te mueras, que estos hijos de puta me van a dejar en la calle’. Imaginate, ya se había quedado con la isla, qué más querría. Le pedí a la enfermera que la retiraran de la habitación”.

El relato de Chichita devuelve, me parece, un acción política final, dado un determinado contexto. El ascenso de Perón, en 1945, el cimbronazo que el mismo provoca en las filas de los comunistas o filo comunistas argentinos (Castelnuovo recuerda su renuncia al Partido, fundada en una frase de Lenin: “Prefiero estar equivocado con las masas y no estar solo con la verdad y en contra de las masas”), la caída del paradigma soviético,

personificado, para Zeno, imagino, en la confinación de su amigo revolucionario Serguei Yudine en Siberia en 1948.

Entre los papeles de Zeno, un examen grafológico sobre su personalidad, realizado en agosto de 1931. Afectuoso. Impulsivo. Inteligente en grado superior. Posee la facultad intelectual de simplificar todo hasta quedarse con lo esencial exclusivamente.

Sobre aquel contexto, sobre esa personalidad, un diagnóstico formulado en aquella carta a Olga Tareeva en 1933: “La Argentina, sobre la que Vd. me pide impresiones, es historia antigua. Fuera de lo pintoresco y de su naturaleza, la vida social, cultural y artística, no es que más que una copia reducida de la cultura burguesa que Vd. tan bien conoce.”¹⁶ Y sobre ese contexto, esa personalidad, ese diagnóstico, un golpe. Quitarle la herencia a la hija de un banquero (“¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo?”, anotaba Bertold Brecht en *La ópera de los tres centavos*) y regalárselo a la gallega, ordinaria, cuadrada, bruta, sin nombre. Como una solución íntima, individual, encapsulada, a un drama portentoso, el de la propiedad privada, que la política, pensaría Zeno, político hasta el final, aun no había podido resolver.

¹⁶ *Ibíd.*

